



SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Wednesday 5 November 2008 (afternoon)
Mercredi 5 novembre 2008 (après-midi)
Miércoles 5 de noviembre de 2008 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente sólo **uno** de los textos (a) o (b).

1. (a)

La carabina

Aquel verano fue excepcionalmente duro para Paulina Bedoya. Los primeros calores no significaron solamente, como otros años, ausencia de “las relaciones”, que con el veraneo se llevaban sus fiestas onomásticas y meriendas correspondientes, sino que además mataron despiadadamente la boga de las echarpes de punto de lana, última limosna de la moda a las que
5 viven de sus migajas. Paulina debía dos mensualidades a su patrona; llevaba los tacones torcidos y en las suelas de sus zapatos, a pesar de que andaba lo menos posible, se iban dibujando ciertos redondelillos aterradores.

Desde hacía cinco años llevaba el mismo traje de sastre, de lana, con levita en invierno, con blusa de seda en verano. Como todo ello era negro, parecía gastar luto eterno y distinguido.

10 Pero ¡ay! Este verano ruinoso el desgaste de la blusa, que hasta entonces había tenido la discreción de manifestarse sólo en los sobacos, invadía la delantera, y Paulina se asfixiaba con su levita puesta y abrochada hasta arriba.

Hasta su abanico de batista gris con lilas pintadas, que compró en un día de opulencia, la abandonaba, y esto era triste, porque el abanico, pendiente de una cadena de azabache que ella se
15 fabricó descosiendo el adorno de un antiguo vestido de noche, constituía su último lujo veraniego, así como su piel de cabra, que imitaba la de la zorra, constituía su último lujo invernal.

Menudeaban las noches en que se acostaba suspirando una y mil veces:

“¡Ay, Señor mío! ¿Qué va a ser de mí?”.

Y un día se sintió animada por una fuerza extraordinaria, una fuerza compuesta por muchas causas
20 agobiadoras: las suelas, el abanico, la blusa, las amenazas de la revendedora... y el hambre. Esta fuerza la llevó hasta la casa de Luisa Carrillo, aunque ninguna noticia de saldo sensacional tenía que darle, y le hizo pronunciar esta frase decisiva: “Ya no puedo seguir así.”

La señora de Carrillo quedó anonadada. Quejas, suspiros y hasta súplicas que acababan
25 por sonsacarle, además de los consejos y sermones, algunas pesetas, estaba acostumbrada a oírlos de labios de su parienta; pero esto ya era otra cosa. Creyó entrever un porvenir nebuloso de sablazos considerables, y se anticipó valerosamente al peligro:

—Es preciso que te ganes la vida.

Paulina la miró con la misma sonrisa descorazonada con que hubiese oído que le decían:
“Es preciso que te toque la lotería.” Murmuró débilmente:

30 —¿Cómo?

Luisa reflexionó un momento; luego propuso con tono resuelto:

—¿Y si entraras de dependienta en alguna tienda?

Paulina exclamó con energía agridulce:

— ¡Pero, mujer, suponte tú que algún antiguo compañero de mi padre y alguna de nuestras
35 relaciones me viera despachando!

La eventualidad era horrorosa; Luisa se hizo cargo; propuso dos o tres soluciones más: entrar como mecanógrafa en una oficina; hacerse secretaria de algún gran hombre de negocios; tras examen detenido convinieron en abandonar estas proposiciones, que quizá necesitaran de alguna preparación previa.

40 Al fin, Luisa dio en el clavo:

—Lo que te convendría es acompañar señoritas.

Efectivamente, ésta era la ocupación más adecuada para una señora venida a menos. El mismo título de “señora de compañía” es, en cierto modo, una garantía de distinción. Paulina aprobó, y tras de regalarle una blusa en buen uso, con algunos trocitos de cinta y puntilla y un paquetito de abalorios que sacó de sus cajones para adornarla, Luisa prometió dedicarse a buscar una señorita “acompañable” con el mismo ahínco que ponía en buscar saldos y liquidaciones.

Carmen Eva Nelken, *La carabina* (1924)

1. (b)

No quiero

No quiero
que los besos se paguen
ni la sangre se venda
ni se compre la brisa
5 ni se alquile el aliento.
No quiero
que el trigo se queme y el pan se escatime.
No quiero
que haya frío en las casas,
10 que haya miedo en las calles,
que haya rabia en los ojos.
No quiero
que en los labios se encierren mentiras,
que en las arcas se encierren millones,
15 que en la cárcel se encierre a los buenos.
No quiero
que el labriego trabaje sin agua
que el marino navegue sin brújula,
que en la fábrica no haya azucenas,
20 que en la mina no vean la aurora,
que en la escuela no ría el maestro.
No quiero
que las madres no tengan perfumes,
que las mozas no tengan amores,
25 que los padres no tengan tabaco,
que a los niños les pongan los Reyes
camisetas de punto y cuadernos.
No quiero
que la tierra se parta en porciones,
30 que en el mar se establezcan dominios,
que en el aire se agiten banderas
que en los trajes se pongan señales.
No quiero
que mi hijo desfile,
35 que los hijos de madre desfilen
con fusil y con muerte en el hombro;
que jamás se disparen fusiles
que jamás se fabriquen fusiles.

No quiero
40 que me manden Fulano y Mengano,
que me figue el vecino de enfrente,
que me pongan carteles y sellos
que decreten lo que es poesía.
No quiero amar en secreto,
45 llorar en secreto
cantar en secreto.
No quiero
que me tapen la boca
cuando digo NO QUIERO.

Ángela Figuera Aymerich, *Mujer de barro* (1948)
